

Lo político y la política

Un diálogo de Nicos Poulantzas con Antonio Gramsci

YOLANDA RODRÍGUEZ RINCÓN

Licenciada de la Universidad Distrital y filósofa de la Universidad Nacional, con un DEA en estudios políticos y maestría en análisis de problemas políticos IAED. Doctorante en estudios políticos y relaciones internacionales IEPRI. Profesora universitaria. Integrante coordinadora e investigadora del grupo de investigación Presidencialismo y Participación, Unijus-UN. caruso68co@yahoo.com

Agradezco a Miguel Ángel Herrera por los valiosos comentarios a este artículo.

Este artículo examina la vitalidad teórica actual del marxismo en autores como Poulantzas y Gramsci, que encuentra su presencia al volver sobre la cuestión central del Estado, que lleva directamente a lo político y la política. Bajo proposiciones críticas, ambos autores analizan formas políticas que diseñan una nueva relación de fuerzas cuando el Estado hegemónico hace crisis. Hoy sabemos que la reacción ha acentuado, autoritariamente, el discurso “liberal”.

Un diálogo entre Poulantzas y Gramsci renueva el problema epistemológico que toca la “teoría del Estado”. Pero, más allá, no sólo permite valorar la democracia radical, implicada en los movimientos de las masas populares, sino que, sobre todo, permite pensar su incidencia bajo la forma del Estado en una transición: sea como ruptura de sus aparatos en tanto emerge un “no-Estado”; o, sea, como “transformación democrática radical” de su funcionamiento, en tanto emerge una nueva relación política, porque la crisis es orgánica. Ahí, deviene una nueva hegemonía.

Palabras clave: teoría del Estado, hegemonía, democracia, no-Estado, modo de producción, formación social, lucha de clases.

Abstract

This article examines the theoretical current vitality of the Marxism in authors as Poulantzas and Gramsci, who finds its presence on having returned on the central question of the State, which leads directly to the political thing and the policy. Under critical propositions, both authors analyze political forms that design a new relationship of forces when the hegemonic State does crisis. Today we know the reaction it has accentuated, authoritarian, the “liberal” speech.

A dialog between Poulantzas and Gramsci renews the problem epistemological that touches the “theory of the State “. But, beyond, not only it allows to value the radical democracy, involved in the movements of the popular masses, but, especially, it allows to think about its incidence under the form of the State in a transitional way: it is like a break of its device while emerges a “non-State”; or, as a “democratic radical transformation” of its functioning, while emerge a new political relation, because the crisis is organic. There, a new hegemony develops.

Key words: theory of state, hegemony, democracy, non-state, mode of production, social formation, class struggle.

*Je suis venu au marxisme par la philosophie
Française et par Sartre en particulier.*

Entrevista reproducida en *Nicos Poulantzas:*
Repères, Maspero, París, 1980, p. 11.

Introducción

Al conmemorar el 3 de octubre de 2009, 30 años de su trágico fallecimiento a los 43 años, Nicos Poulantzas permanece hoy porque sus reflexiones analíticas y críticas al Estado moderno son penetrantes para la comprensión de la actualidad. Presenciamos la crisis más aguda del Estado que es el capitalista y nos abocamos a pensar, a raíz de la crisis financiera en curso, qué hacer con el Estado después que la receta era adelgazarlo al máximo. Es decir, pensamos en la forma Estado en tanto relación invariable de clase, porque conviene recordar, que el mismo Poulantzas la distinguía de otras formas, la forma de Estado y de la forma de régimen político¹.

Ahora bien, la pregunta cobra un plus valor si recuperamos el planteamiento teórico del Estado y de lo social de Poulantzas, y se replantea, en la medida en que en la conducción glocal de los asuntos humanos en las actuales condiciones, hacia cómo la forma Estado ejercita únicamente su función opresiva dentro de la reproducción de las condiciones de existencia capitalista; o, por el contrario, la pregunta nos induce a pensar hasta dónde puede ser transformada la forma estatal en un sentido emancipatorio.

Insistimos que se trata, ante todo, de ver por qué es necesario situarnos en esta apariencia dilemática cuando se persiste en soluciones de política glocal a la crisis actual, en el marco de una tradición neoconservadora

1. La noción de “crisis continua” tiene una doble importancia: pone de relieve que el capitalismo da respuestas a su crisis, pero ilustra también sus debilidades que abren posibilidades para plantear su superación desde el punto de vista de los trabajadores. El caso de Gramsci es paradigmático porque sostuvo que no era correcto deducir la crisis política (y menos aún la crisis revolucionaria) de la crisis económica, sin dejar de advertir que la crisis económica conforma un “terreno favorable” para la política, en la medida que debilita las bases materiales para la construcción del consenso y la legitimación del orden burgués y su Estado. Por lo cual la absorción de las demandas no antagónicas de las clases subalternas, necesaria para la constitución de ese consenso, se torna difícil o imposible.

que reactualiza el papel opresivo del Estado. Por ello, la necesidad de reflexionar en torno a una idea de construcción por fuera o en contradicción con la actual forma Estado es urgente y necesaria. Y ello nos conduce a una tradición que tiene como uno de sus paradigmas el pensamiento de Antonio Gramsci en la encrucijada de otra gran crisis, la experimentada del año 1929 en adelante.

Si la crítica al Estado capitalista como práctica política es posible sólo desde fuera del Estado o si es por el contrario, habría también que ver cómo se transforma y/o destruye desde adentro; lo que convoca a revisar las alternativas políticas y a consolidar los movimientos anti y contra sistema, a la vez que exige repensar la política y lo político.

Así que con Nicos Poulantzas desde su *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, y dimensionándolo desde obras posteriores, en especial, *Estado, poder y socialismo*, planteamos que para dar cuenta de lo político y la política es posible hacerlo desde la comprensión de la distinción y la relación entre las estructuras políticas del Estado, y las prácticas políticas de clase. Pero es en la lucha de las clases sociales donde se constituye el efecto de ciertos niveles de estructuras de las que forma parte el Estado, en cuyo predominio político de clase, así revista modalidades, la determinante de la sociedad es cumplir la función global de cohesión.

El estructuralismo poulantziano

El marxismo estructuralista de Nicos Poulantzas generó interés en los años setenta y favoreció nuevos debates sobre el Estado capitalista y su crisis. Era la suya una investigación que se articulaba con los intentos anteriores de Antonio Gramsci y los coetáneos de Louis Althusser, su maestro, por reactualizar una versión del marxismo desde el enfoque estructuralista que, fundamentalmente, proponía una ruptura epistemológica entre el joven y el viejo “científico” Marx.

Las primeras reflexiones de Poulantzas se insertaron en esta línea. Su primer libro *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, escrito en 1968, considerado althusseriano, indicaba que el Estado capitalista, el “objeto” sería abordado como un problema teórico inscrito dentro de la “región” de “lo político”; para luego conectar dicha teoría del Estado con una teoría más general del modo de producción. Sin embargo, en esta “conexión teórica” las distintas regiones gozan de cierta “autonomía” en relación con el “objeto” general.

Primero, lo que Poulantzas intenta desarrollar es una teoría sobre una formación capitalista en la que se ubica un “tipo” estatal que es el Estado de bienestar europeo, y que a pesar de sus “avances” en la participación de las masas, demuestra que el Estado seguía siendo capitalista, y que bajo

la nueva forma de Estado no podía obviarse, prescindir tampoco de su carácter represivo².

En esa línea, Poulantzas intenta demostrar el carácter capitalista estructural del Estado revelando (Althusser) su carácter represivo, que se extiende no sólo a las instituciones así consideradas de modo “tradicional” (ejército, policía, justicia) sino también a aquellas otras que, en general, no son consideradas ni “represivas” ni “estatales” *tout court*, por encontrarse dentro del ámbito de la “sociedad civil”, tales como las iglesias, escuelas, hospitales, etc³.

Y claro, a este respecto, se encuentra la interlocución con la izquierda comunista italiana, liderada por el PCI, y los discípulos de Palmiro Togliatti, quien tenía un cierto control sobre el legado de Antonio Gramsci expurgado de episodios “no correctos”, y, de modo particular, de su agudo debate con el estalinismo en los tiempos de la cárcel, con el cual el propio Togliatti había tenido una relación estrechísima, comoquiera que desempeñó funciones de secretaria al propio José Stalin en los tiempos del fascismo en Italia.

Desde este horizonte, donde se avizoraba la posibilidad de gobiernos comunistas y socialistas de coalición, los llamados “compromisos históricos”, Poulantzas analiza la forma en que el Estado capitalista actúa, en concreto, organiza, estructura la acción de las clases dominantes, porque dicha función resulta vital para garantizar la reproducción del “sistema” en tiempo de crisis y normalidad relativa.

Si bien puede entenderse que esta función estatal comporta cierto carácter represivo –en el sentido althusseriano de la ideología o la denominada violencia simbólica extraída de los textos de Pierre Bourdieu– porque

2. Con este tipo de Estado -benefactor, pero capitalista, de democracia burguesa sin revolución desde abajo, no se proseguía “en línea recta” hacia una sociedad emancipada del yugo del capital.

3. Poulantzas recusará la distinción gramsciana entre aparatos represivos y aparatos ideológicos, porque según él ésta se basa en una concepción jurídicista del Estado que deja a lo económico jugando un papel exterior. Poulantzas dice que esta concepción supone que la eficacia del Estado reside en que “prohíbe, excluye, impide, impone; o también que engaña, miente, oculta, esconde o hace creer”, pero ignora el hecho de que el Estado también crea, transforma, produce realidades y tiene una intervención activa en lo económico. Poulantzas, como su maestro Althusser aceptan la distinción a título puramente descriptivo y provisional. Ver al respecto Vargas, Lozano Gabriel. “Ideología y marxismo contemporáneo”. Disponible: <http://revistasuam/dialectica/incluye/getdoc.php?id=218&article=238&mode=pdf>

el Estado cumple procedimientos que buscan resolver las tensiones generadas por las distintas fracciones de la clase dominante que compiten entre sí, lo cierto es que no se subraya aquí el carácter represivo sino el operar “funcional” que tiende a garantizar el “equilibrio” capitalista, una reflexión que también preocupaba a la sociología y la política norteamericana, en autores como Talcott Parsons y el propio David Easton, que avanzó, como se sabe, en los términos de proponer los equilibrios inestables del sistema político mismo.

Pero la función de “articulación” de clase no se da para Poulantzas solamente en relación con las distintas fracciones de la clase dominante, pues el Estado también cumple la función de modular la organización de los distintos “niveles” en los que se despliegan las regiones constituyentes de la formación social capitalista en su conjunto, de cara, entonces, también con la problemática de los gobernados, los dominados, los que Gramsci denominara grupos y clases subalternas en sus célebres *Cuadernos de la cárcel*.

De tal forma que lo que se argumenta es que el Estado, aunque es un organismo relativamente autónomo de la clase capitalista, consigue, sin embargo, asegurar el funcionamiento de la sociedad capitalista; y, por lo tanto, beneficia a la clase capitalista en una forma más compleja, por lo que reprimir no es la única función del Estado, pues satisface también de modo parcial los intereses de los dominados.

En lugar de la nuda función represiva el Estado, es requisito construir la hegemonía para decir que el bloque en el poder también debe conquistar consentimiento. Esto se logra, por un lado, concretando un sistema de coaliciones y, por el otro, sembrando una cierta ideología. Esto es necesario para la existencia a largo plazo del capitalismo (o cualquier gobierno de clases) pues si la clase dominante puramente reprime los movimientos de los dominados y evita hacer concesiones de cualquier tipo, el escenario, se sabe bien, puede desembocar en una revolución.

El asunto de la hegemonía

Pero conviene, para ir un poco más allá, situar la atención particularmente en el asunto de la hegemonía. Para comprenderlo puede decirse que no es sólo la dicotomía hegemonía-dictadura; es decir, no es sólo consenso-coerción. El caso de Gramsci señala que cada Estado comporta esos dos momentos, aunque dentro de los países que tienen tradición liberal consolidada el segundo momento sólo es evidente en situaciones de aguda crisis. Los dos momentos están presentes al interior de la misma sociedad civil, porque esta se convierte en el terrero esencial de la lucha contra la clase dirigente. Volveremos sobre ello.

En el caso de Poulantzas es claro que el Estado capitalista funciona estructuralmente para generar equilibrios al interior del modo de producción y buscar, por un lado –en términos más “estructurales”– articular los diferentes niveles (a veces contradictorios) que constituyen la formación social y, por el otro, solucionar los conflictos planteados entre las diferentes fracciones de la clase dominante, como modo de garantizar el equilibrio para la reproducción capitalista. Lo que paralelamente es posible en la medida que también el Estado capitalista busca “disgregar” el accionar conjunto de las clases subalternas, porque la conquista de la sociedad política remata la hegemonía extendiéndola al conjunto del Estado.

Una posición respecto de las clases dominadas que tiene también hoy repercusión en el análisis, ya que el propio Poulantzas plantea que es la cesión de ciertos beneficios económicos para las clases dominadas –incluso en colisión con los intereses dominantes– el que puede generar la propia desorganización de aquellas clases; porque a veces el beneficio económico produce retrocesos en la organización política.

El concepto de política

Ahora precisemos que en el concepto de política Poulantzas advierte que su planteamiento no corresponderá a un orden histórico de la existencia del Estado antes de la división de la sociedad en clases. Pero el asunto de lo político y la política sí se conecta con el de la historia en cuanto al siguiente planteamiento: la lucha de clases es la que constituye el motor de la historia.

De hecho, este planteamiento no exime, por el contrario ha desplegado una interpretación historicista en cuanto se presupuesta: 1) la “totalidad” que siendo simple, reduce la especificidad de la diversidad a la unidad/totalidad misma. 2) La linealidad de la historia, una evolución, cuyo proceso termina, en consecuencia con el primer presupuesto, deviniendo simplemente unilineal, cerrado en la “totalidad”, lo cual concluye en la identificación de política e historia; sobrepolitizando la especificidad misma de lo político. Se trata, entonces, de un tipo universal y ontológico de historia de modo hegeliano que Poulantzas combate.

Sin embargo, en gracia de discusión, conviene decir que Gramsci, influido claro está, por Hegel a través de Antonio Labriola, discípulo de los hermanos Spaventa, y el mismo Benedetto Croce⁴, postula a la

4. Ver el conjunto de notas de Antonio Gramsci publicadas bajo el título *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, donde se dice, “la filosofía de la praxis es una filosofía independiente y original, que tiene en sí misma los elementos de un desarrollo ulterior que le permite transformarse, de interpretación

filosofía de la praxis como historicismo absoluto, y al comunismo como un objetivo histórico que se alcanza cuando la sociedad civil sea apta de autorregularse por sí misma, claro está con el papel protagónico del proletariado, en tanto clase fundamental antagonica de la burguesía, y los demás grupos y clases subalternas a los que hegemoniza, en el sentido de dirigirlos económica, política, y socialmente (Gramsci, 1977, 342-351).

Entendemos que con esta crítica, Poulantzas aproxima en su interpretación marxista la importancia de la singularidad, de lo no idéntico, lo indistinto, para reconocer el asunto de la política. Es decir, la historia no tiene que ver con un devenir lineal simple. Lo contrario, es precisamente lo criticado lo que habría conducido a las diversas formas de determinismo, como el autor lo señala desde dos diferentes análisis de la política: de una parte, A. Gramsci desde el marxismo, cuando este precisa que la actividad política es el momento en que la superestructura está aún en la fase inmediata de simple afirmación voluntaria y elemental⁵; y, de otra, Talcott Parsons desde la orilla del estructural funcionalismo, cuando claramente reduce lo político, y queda convertido en el principio simple de la totalidad social definida sistémicamente.

Lo que en particular señala Gramsci, por ejemplo, en *Análisis de situaciones*, dice:

[...] un tercer momento es aquel en el cual se llega a la conciencia de que los mismos intereses corporativos propios, en su desarrollo actual y futuro, superan el ambiente corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más estrictamente política, la cual

de la historia en filosofía general” (87) y “la filosofía de la praxis tenía dos objetivos: combatir las ideologías modernas en su forma más refinada, [...] y educar a las masas populares” (89).

5. Cuando para Gramsci advino la revolución comunista como momento de ruptura, no es la negación pura y simple del pasado y el paso a un orden nuevo transfigurado por la utopía. La experiencia traumática de la matanza en el curso de la Primera Guerra Mundial y el advenimiento del fascismo, más tarde, estimula dentro del marxismo del siglo XX una actitud de liquidar la historia de la burguesía, incluso, toda la historia pasada como una acumulación de errores y horrores. Esto es contra el anti-historicismo, sinónimo de “metafísico” que aparece en *Los cuadernos de la cárcel*: la liquidación del “pasado como alguna cosa ‘irracional’ y ‘monstruosa’ no tiene sentido”, pues se reduce la historia política y las ideas a un “tratado histórico teratología”, a un grotesco episodio de monstruos. (traducción libre de la autora de este escrito) en Losurdo (2006).

indica el paso claro de la estructura a la esfera *de las superestructuras complejas* (Gramsci, 1977, 347).

Poulantzas sitúa así el carácter antihistórico de aquel planteamiento en la estructura de una formación social (FS) tanto a nivel específico, como nivel decisivo en que se reflejan y condensan las contradicciones. Es decir, se trata de situar el lugar y la función específicos –autonomía relativa, eficacia particular, ritmos y tiempos diferenciales– del nivel de las estructuras políticas (que son *su objetivo*) y de prácticas (momento actual/coyuntura).

Para hacer esto efectivo, recurre Poulantzas al concepto (que reconoce ha evidenciado Althusser) de modo de producción (MDP) –todo-complejo-con predominio– sobre el que se construye el concepto de historia. En un MDP y en una FS están presentes niveles de las estructuras y de las prácticas. En una FS estos están caracterizados por un desarrollo desigual, esencia de lo específico (que es lo que capta el concepto de historia).

Respecto a la práctica política, que depende de los diversos niveles sociales (económico, ideológico, teórico, político) es el lugar donde se fusionan las relaciones de las diversas contradicciones y que especifica la unidad de la estructura; por lo demás, y por ello mismo, es también el lugar a partir del cual se descifra tal unidad, y sobre la que se actúa para transformarla. Ese es el motor de la historia, un trabajo de transformación... de ruptura con lo dado.

Ahora bien, respecto al examen teórico de las estructuras políticas, que es lo vivo del asunto, se trata (específicamente) del Estado (poder institucionalizado). De ahí, que la práctica política en su especificidad estratégica lo sea por las estructuras del Estado (desde Marx, Engels, Lenin).

Lucha de clases y poder político

I. El Estado, dice Poulantzas, desde el marxismo, es orden, principio de organización. Cohesiona (los niveles desiguales de) una FS. Como sistema regula su equilibrio global. Y aquí se vuelve interesante el por qué la práctica política o bien conserva la unidad de la FS (cohesiona); o bien, produce transformación, y en ambos casos tiene por objetivo el Estado (característica de doble poder de las estructuras estatales). De tal manera, el Estado también descifra la unidad y la articulación de las estructuras de una FS. Descifra el asunto política-historia en cuanto esta relación estructura lo político como nivel específico de una FS y como lugar de sus transformaciones; y la lucha política como el motor de la historia que tiene por objetivo el Estado, lugar de condensación de las contradicciones de instancias separadas con temporalidades propias.

Sin embargo, hay que comprender que la función de cohesión del Estado reviste formas diferentes en el modo de producción capitalista (MDPC) y la FS en cuestión –que se caracteriza por la imbricación de varios MDP–, pero en cuyo predominio su especificidad es la autonomía de las instancias, lo que es la base de lo político.

En este orden de ideas, la relación del Estado con la articulación de las instancias que caracteriza una formación –niveles de las estructuras– no es más que la relación del campo de la lucha política de clases con el Estado: “la contradicción de la sociedad consigo misma” (Engels), “el resumen de los combates prácticos de la humanidad *rei publicae*” (Lenin). Es decir, *el Estado detenta en una FS orden político* –conflictos políticos de clase– y *orden global* –organización ampliada: cohesión– para conservar las condiciones de la producción, por tanto, las de la existencia y el funcionamiento de la unidad de un MDP y de una FS.

Si bien, el papel global del Estado puede diferenciarse en modalidades particulares referidas a los diversos niveles de una FS; es decir en funciones económica (trabajo), política (lucha de clases), ideológica (enseñanza); es claro que cada una y todas estas funciones tienen por objetivo el mantenimiento de la unidad de una FS, en el interior de la cual lo que se expresa son los intereses políticos de la clase dominante. De ahí que pueda establecerse la sobredeterminación de la lucha política, entonces, sobre todo en el tipo de análisis de coyuntura.

Poulantzas vincula de esta manera la problemática de las clases sociales con el tipo de determinaciones estructurales. Es esto lo que le permite debatir análisis considerados unilaterales acerca de lo político-estatal, pero advirtiendo la dificultad para pensar el asunto del Estado de manera más amplia y sobre la base del “todo social”. Se trata, como se ha afirmado antes, de pensar el Estado como algo específico –la forma estado– y en relación con la sociedad capitalista contemporánea.

II. Al pensar en los procesos de transformación de la sociedad capitalista, igualmente asume Poulantzas ciertas críticas, pero también tocado por un nuevo contexto histórico y un desplazamiento teórico. El autor flexibiliza al parecer algunos conceptos en el entendimiento del antagonismo social. Puede encontrarse una búsqueda que intenta demostrar que no hay salida “práctica” desde el interior del funcionamiento del capitalismo, salvo la lucha revolucionaria.

Las experiencias emancipatorias no precisamente pueden proceder entonces de la clase obrera –las transformaciones que se daban en el ámbito laboral indicaban la pérdida de peso político de la clase obrera, justamente el “clásico” sujeto de la transformación planteado por el marxismo–, pero si provinieran de ella es probable que no lo hicieran a

partir de la mediación de una organización de tipo burocrática como el partido.

Para Poulantzas, esto significa la apertura a una noción de clase más amplia pero también a la idea de que lo político no necesariamente se encuentra mediado institucionalmente y que la transformación social no se termina con la “toma” del poder del Estado capitalista. Entre otras cosas porque, para nuestro autor, el poder del capital se encuentra ubicado ya no sólo en el Estado capitalista, sino también en el conjunto de instituciones que componen la formación social capitalista.

Cuando Poulantzas, en *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, define a las clases sociales como “efecto de las estructuras en el campo de las relaciones sociales”⁶ subraya:

* La formación de las clases sociales por la determinación del conjunto-matriz de las estructuras económicas, políticas e ideológicas, y no sólo por el nivel del mercado.

* La diferenciación del estructuralismo contra cualquier versión del empirismo al negar identificar a las clases como *conjunto de individuos*, localizados por los demás en situaciones parciales del “todo social”.

* Dimensión específica de las clases como *prácticas luchas de clases* (las clases son, ante todo, luchas de clases).

Sin embargo, Poulantzas, como lo mencionamos antes, señalaba la posibilidad de distinguir, sobre todo, en el tipo de análisis de coyuntura, varios niveles de “sobredeterminación” de las luchas de clases, independiente de la instancia-estructura de su localización concentrada. Es decir, la lucha política puede ser sobredeterminante, incluso en el nivel económico, o la lucha económica en el nivel político, concentrando sus contradicciones y reflejando las relaciones de los otros niveles de las luchas de clases.

Esa posibilidad de “sobredeterminación” “con dominantes” es metodológicamente usada también en el análisis de las estructuras. Consideró Poulantzas que lo político-estatal era la instancia predominante en el periodo del capitalismo monopolista: “condensación material de la correlación de las fuerzas de las clases sociales”, pero con las funciones eminentemente política de “organizador del interés a largo plazo del bloque en el poder y de factor de cohesión de la unidad de una formación social”.

Interesante en la medida en que no se pierde de vista la relación del Estado con la economía y con las ideologías. Precisaba que es necesario “entender que el campo de lucha de clases tiene efectos fundamentales

6. Ver también Blackburn (1977, 267-283).

sobre el Estado” que se realizan “en los límites marcados por sus estructuras, en la medida en que éstas regulan una serie de variaciones” (Poulantzas, 1969, 238).

Ciertamente la pregunta que asalta es ¿hasta dónde las luchas de clases inciden en las estructuras y, en particular, en la estructura política-estatal?

Poulantzas proponía un análisis del Estado en términos de dominación política y de lucha política; es decir, de las luchas de reproducción y de las transformaciones estatales con relación a la organización de la dominación política y al conjunto de la lucha de clases. Para hacer efectivo tal análisis, se trata de acudir, teóricamente, “a captar la inscripción de la lucha de clases y, más particularmente, de la lucha y la dominación políticas, en la armazón institucional del Estado” de tal manera que se logre explicar las formas diferenciales y las transformaciones históricas de ese Estado.

Todo esto lleva a admitir en Poulantzas la primacía de las luchas de clases *sobre* los aparatos estatales, pero no en el sentido de la precondición –por ejemplo, de una clase política-dominante anterior al Estado–, ni en el de la funcionalidad instrumental del Estado, sino en el de la incapacidad estatal para organizar racionalmente, y a largo plazo, intereses contradictorios y antagónicos de clases.

Es así que con los conceptos de hegemonía y bloque en el poder, Poulantzas procede a “analizar la inscripción de la lucha de clases en el Estado” (Poulantzas, 1979, 159). A diferencia de Gramsci, el concepto de hegemonía se circunscribe a las prácticas políticas de las clases dominantes inscritas en el Estado (Poulantzas, 1969 [1976], 37 y 51-ss). Este tema de la hegemonía instituye en primer lugar una polémica contra toda visión mecanicista y economicista de la historia del proceso revolucionario y del proceso de formación de la conciencia revolucionaria.

El “bloque en el poder” designa “la unidad contradictoria particular de las clases o fracciones de clase dominantes, en su relación con una forma particular del Estado capitalista, bajo la égida de la fracción hegemónica” (ibid). Aunque el conjunto de las luchas de clases es filtrado en el bloque en el poder, su concentración y posterior selectividad acontece por vía de la hegemonía. En tanto que condensación de las correlaciones de fuerzas, el Estado se convierte así en el escenario material de las luchas-alianzas designadas por el concepto bloque en el poder y, por ende, la hegemonía se traduce en un modo específico de organización de las luchas e intereses de clases bajo la forma de políticas concretas estatales (Poulantzas, 1979, 159).

No significa que el Estado reproduzca de forma idéntica esas luchas e intereses, sino que presenta una opacidad y resistencia propias en la

medida en que tienen un carácter contradictorio y merecen ser “ordenados”. Entonces, los efectos en el Estado no se traducen de forma directa e inmediata y, por ello, tampoco la formulación de política global estatal es automática ni es estrictamente coherente (ibid, 157).

Pero tal situación es la que permite constituir la autonomía relativa y los intereses propios del Estado; no una autonomía frente a las fracciones del bloque en el poder, pues la relación Estado-clases no es de exterioridad, sino como una capacidad estatal para orientar la política global (y las micropolíticas) en el sentido de un equilibrio inestable de la correlación de fuerzas –que, a su vez, resulta de una capacidad para mantener la propia unidad del conjunto de sus ramas y aparatos– y a favor de una fracción dominante que, efectivamente, así se hace hegemónica (ibid, 162-164).

Con Poulantzas y más allá

Pero el proceso hegemónico no sucede sin más. Se trata, en efecto, de la dificultad de construir una orientación política permanente y de largo alcance. La crisis del Estado y de las formas de organización política ideológica y cultural de la clase dirigente, que es no más que crisis de hegemonía, la hace visible en los partidos y las coaliciones gubernamentales. Concluimos con Gramsci.

Para este autor, que siendo anterior en el tiempo a Poulantzas, nos sitúa más allá. Para él, en sus *Cuadernos* la crisis de hegemonía de la clase dirigente se produce:

[...] ya sea porque la clase dirigente ha fracasado en alguna gran empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas (como la guerra), o porque vastas masas (especialmente del campesinado y de los pequeño/burgueses intelectuales) han pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto no orgánico constituyen una revolución.

Gramsci sostenía que en el origen de la crisis de hegemonía hay una insondable metamorfosis en la relación de fuerzas entre las clases. Pero su análisis buscaba hilar más fino aún. Por la experiencia en Europa y su participación directa en la lucha de clases de Italia sabía también que la crisis de hegemonía no era sinónimo de situación o crisis revolucionaria.

La crisis está, por lo tanto, definida por las luchas que oponen a las clases entre sí y al calor de las cuales los diferentes proyectos alternativos se van diseñando y agrupando partidarios. Está marcada por la ruptura de la pasividad de ciertos grupos sociales y por su ingreso activo en el escenario político, desequilibrando acuerdos de poder que tendían a excluir a

esos grupos. Pero advertía Gramsci que el ascenso de esos nuevos actores no definía todo el contenido de la crisis, pues hay que considerar la forma bajo la cual se produce ese ascenso, especialmente si, como es frecuente, las clases subalternas no poseían aún una dirección capaz de colocarse al frente de su movimiento e imprimir al mismo un contenido efectivamente transformador.

La crisis no alcanzaba sólo a la burguesía y el parlamento. También es una crisis de las clases subalternas, que no consiguen idear una voluntad común e imponer su proyecto hegemónico aunque hubiesen desarticulado la hegemonía de las clases dominantes. A diferencia de una formulación que sugiere la falsa idea de inminentes combates decisivos en torno al poder, Gramsci advierte que encontrar la solución orgánica para esa crisis no es simple, pues ello exige la unificación de los distintos sectores o fracciones del movimiento obrero y las clases subalternas bajo la bandera del partido “que mejor represente y resuma las necesidades de toda la clase”. Esto, hoy, es una cosa que se pone en dudas: la clase obrera y su hegemonía en el proceso político posiblemente se concreten más bien por una combinación de alianzas, debates y reagrupamientos de diversas organizaciones transformadoras realmente y la creación de nuevos organismos que expresen y concreten la irrupción y construcción política de las clases subalternas pero, en cualquier caso, está claro que se trata de una construcción política.

La crisis sacude a los de arriba y a los de abajo, pero las posibilidades de articular alternativas y lograr apoyo para las mismas son asimétricas, desiguales. A diferencia de las clases subalternas, las clases dirigentes tradicionales tienen gran número de “intelectuales”, personal experto con capacidad de proponer proyectos y organizar sus defensas y ofrecer una salida a la crisis. Pero incluso teniendo condiciones más favorables para decidir rápidamente el conflicto a su favor, las clases tradicionales no siempre lo consiguen y las crisis se prolongan más allá de lo previsible: esto ocurre cuando las clases sociales dominantes defienden una estructura en la cual existen problemas que no logran resolver, al mismo tiempo que las clases que luchan por una transformación profunda no logran convertirse en dirigentes.

Después de lo dicho, puede apreciarse por qué la crisis de hegemonía no queda definida automáticamente por la crisis económica que, tomada en su sentido amplio como crisis de acumulación, puede ser el *supuesto* para la crisis de Estado, pero no traza por sí misma la crisis de hegemonía. Sólo cuando la crisis económica y la crisis de hegemonía coinciden en el tiempo, tenemos lo que Gramsci llama también *crisis orgánica*, una crisis que afecta al conjunto de las relaciones sociales y es el compendio

de contradicciones innatas a la totalidad social. Para la estampida de esta crisis orgánica se requiere de la confluencia e interacción de la crisis de acumulación, de política y de ideológica con la exacerbación de los choques entre las clases y entre sus mismas fracciones internas, en un presente cargado como nunca de diversas temporalidades y ritmos en el que actúan e inciden las fuerzas sociales y políticas en pugna.

La inquietud de Gramsci apuntó a la acción y a la organización autónoma de las clases subalternas: la crisis y su solución no deben ser consideradas como un proceso de desagregación y reconstrucción de una “voluntad capitalista” en el que las clases subalternas entrarían en un lugar pasivo. La realidad es que la crisis es producto de los choques existentes entre las clases sociales y entre esas clases y la forma estatal de las clases dominantes. Es la resultante de una determinada articulación global entre el Estado y el conjunto de la sociedad, y no sólo entre el Estado y las clases dominantes.

Poulantzas y Gramsci aportaron al análisis de las crisis que nos conduce hoy a presupuestar una dinámica de lucha, que la teoría se convierte en estrategia y las clases subalternas afrontan el desafío de construirse como fuerza contrahegemónica y revolucionarse haciendo la revolución. ¿Cómo sectores y clases reducidos hoy a nada, en su condición de miseria y explotación, pueden aspirar y lograr devenir transformación, y asumir el Estado como reserva aparente del orden? Este es precisamente la cuestión irresoluta de la emancipación desde la sumisión y la alienación. Un misterio que encuentra su respuesta en la oposición política y la confrontación por la desigualdad entre clases, porque, siguiendo a estos autores, sólo la lucha puede quebrar el círculo vicioso.

Bibliografía

Blackburn, R. *Ideología y ciencias sociales*, Barcelona, Grijalbo, 1977.

Gramsci, A. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto*

Croce, México, Juan Pablo Editor, 1975.

- “Análisis de situaciones. Las relaciones de fuerzas”, en *Escritos políticos*, Cuadernos de Pasado y presente, México, Siglo XXI, 1977.

Losurdo, D. “Avec Gramsci, par-delà Marx et par-delà Gramsci”, en *Gramsci, du libéralisme au “communisme critique”*, París, Éditions Syllepse, 2006.

Lozano G. “Ideología y marxismo contemporáneo”, consultado en:

[http://: revistasuam/dialectica/incluye/getdoc. php?id](http://revistasuam/dialectica/incluye/getdoc.php?id)

Poulantzas, N. *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México, Siglo XXI, 1969.

- *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, 4a edición, México, Siglo XXI, 1976 [1969].
- *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI, 1979.